

cosas cara á cara con tanta tranquilidad... porque al fin y al cabo soy aún tu marido.

JULIETA

¡Oh! ¡Pero tan poca cantidad de marido!... ¡y por tan poco tiempo!

DE EPINOY

¡Sea en buen hora! pero aunque sea por poco tiempo, sería acaso de mejor gusto—permíteme esta observación,—sería de mejor gusto ahorrarme, aquí, en mi casa, y mientras estoy aún en ella, el espectáculo de tus efusiones con mi presunto sucesor... No reconozco tampoco en eso tu corrección habitual...

JULIETA

¿Qué quieres?... los malos ejemplos son contagiosos... ¡He presenciado en esta casa espectáculos tan poco edificantes!...

DE EPINOY

Si tú puedes, en último extremo, alegar esa excusa, él no tiene derecho alguno para hacer lo que hace... y me permitirás que cuando venga á mi casa á hacerte la corte en mi presencia...

(*Anuncian al señor de Rhodas.*)

ESCENA IV

JULIETA

¡Hele aquí!

DE RHODAS (*sonriendo*).

¡Hay casualidades bien raras!... Acababa de en-

trar en mi casa... cuando llamaron al teléfono... Era Guillemot, vuestro abogado, que estaba en el Palacio de Justicia y me llamaba para decirme que el caso de que os hablaba hace un momento ocurría esta mañana. Se había suspendido la vista de otra demanda de divorcio, que estaba señalada para hoy, por indisposición del abogado... Guillemot me preguntó que si podría autorizarle para que se verificase inmediatamente la de vuestro asunto, porque el presidente accedía á ello.

JULIETA (*con ansiedad*).

¿Y qué le dijisteis?

DE RHODAS

Juzgué inútil consultaros de nuevo... puesto que acabábais de autorizarme para ello... y le dije que sí.

JULIETA

¿Y luego?

DE RHODAS

Luego... á los veinte minutos, poco más ó menos, el teléfono me advertía de nuevo, según yo había previsto, que el asunto estaba terminado... con arreglo á vuestros deseos, por supuesto. No defendiéndose, como no se defendía el señor de Epinoy, la vista no era más que una formalidad.

JULIETA

Entonces, ¿todo ha concluído?
(*Se siente muy turbada.*)

DE RHODAS (*con viveza, notando su emoción*).

¡Sí... y espero que no me desautorizaréis ahora!...
¡Sería ya un poco tarde!

JULIETA

No por cierto; experimento la sorpresa, la impresión que es natural... pero eso no impide que os agradezca con toda el alma vuestro interés.

DE EPINOY

Y yo también tengo que agradecer al Sr. de Rhodas el celo verdaderamente extraordinario que ha tenido á bien mostrar para conseguir cuanto antes nuestra mutua libertad... No sé hasta qué punto forma parte de sus deberes profesionales ese apresuramiento febril para poner las cosas en lo peor... No juzgo más que bajo el punto de vista de la delicadeza y del honor ordinarios, y bajo ese punto de vista el Sr. de Rhodas me permitirá que le diga...

JULIETA

¡Roger!

DE RHODAS (*separándola con dulzura*).

¡Ah! ¡Perdonad, señora!... y permitidme decir dos palabras... No tengo, efectivamente, por qué recibir lecciones del Sr. de Epinoy acerca de mis deberes profesionales, que creo conocer mejor que él... pero en lo que se refiere á la delicadeza y al honor, sabido es por todo el mundo que el Sr. de Epinoy es buen maestro, y yo me conceptuaría dichoso recibiendo

cuantas lecciones tuviera á bien darme acerca de estos puntos...

DE EPINOY

¡Está bien, caballero!... Entendido.
(*Hace un movimiento para retirarse.*)

JULIETA (*deteniéndole*).

Roger... lo que haces en este instante es peor que todo lo malo que has hecho anteriormente. Hasta ahora podía, á pesar de todo, continuar estimándote... y aun queriéndote... Podía hacerme la ilusión de que tu falta, tu crimen para conmigo, por muy odioso que me fuese, no era más que la consecuencia de una hora de pasión, de debilidad, de ligereza... pero ahora, cuando después de haber destrozado mi vida, quieres quitarme el único amigo que me queda... cuando tratas de arrancarme en mi desgracia... en mi naufragio, que es obra tuya, el único apoyo que puede sostenerme... ejecutas una acción digna de un malvado... de un corazón vil... de un alma miserable.

DE EPINOY

Cuando el Sr. de Rhodas tenga la honra de ser tu esposo... consideraré que tengo obligación de respetarle en su calidad de tal... Te doy mi palabra de honor... Pero no lo es aún... y tu lenguaje, más ó menos serio, durante la conversación que acabamos de tener acerca de este asunto, me permite esperar que no lo será nunca.

JULIETA

Tomad mi mano, Pedro. Es vuestra desde ahora. (A *de Epinoy*.) ¡Vamos á ver lo que vale tu palabra de honor!

DE EPINOY (*después de un momento de lucha dolorosa consigo mismo*).

Caballero... Os ruego me dispenséis...
(*De Rhodas le saluda con gravedad.*)

DE RHODAS

Tendréis que tomar algunas disposiciones... Os dejo.

(*Saluda de nuevo y se retira.*)

ESCENA V

(*Un silencio.—JULIETA se sienta.*)

DE EPINOY (*grave y triste*).

Deseas conservar este hotel para ti y para tu madre y tienes perfecto derecho á ello. Yo soy, pues, quien debe salir... y no esperaré á que vengan á echarme. En tanto que no se había pronunciado la sentencia de divorcio, tenía explicación mi presencia en esta casa... Desde este instante no tendría razón de ser... Voy, pues, á dejarte... Partiré hoy mismo.. En cuanto haya dado las órdenes necesarias... Tendremos probablemente que tratar aún algunos asuntos de interés; pero supongo que preferirás, como lo prefiero yo, que nos entendamos por corresponden-

cia ó por intermediarios, evitando en adelante toda entrevista personal. Además, yo me propongo viajar durante algún tiempo. (*Después de una pausa dice sencillamente:*) ¡Adiós!

(*Se dirige hacia la puerta de su habitación.*)

JULIETA

¡Adiós! ¡Mucho me has hecho sufrir en mi corta vida! Sin embargo, mi última palabra será de gratitud... Te agradezco que, defiriendo á mi ruego, hayas presentado tus excusas al señor de Rhodas... Debe haberte costado gran sacrificio.

DE EPINOY

Bastante... pero es aún mayor para mí el de dejarte para siempre, en la idea de que soy un malvado.

JULIETA

Nunca he creído tal cosa.

DE EPINOY

Es imposible que no lo creas. Yo te he hecho víctima de una traición abominable y, aunque existían circunstancias que atenuaban mi falta, no te las he manifestado... No podía manifestártelas. En la situación en que me hallaba para contigo, una vez que te habías enterado de la verdad, toda justificación hubiera parecido un manejo de hipócrita cobardía. Hubieras creído que mentía para continuar engañándote, para calmar tu resentimiento y lograr que renunciases á tu proyecto de divorcio. Si cien veces

te hubiera dicho la verdad, cien veces hubieras dudado de mis palabras... y con razón. Por eso desde que hiciste ese fatal descubrimiento, me has encontrado siempre inerte, resignado, estúpido... He dicho ese fatal descubrimiento... y me he equivocado... fué un descubrimiento feliz... feliz para ti, porque te te arrancaba, aunque fuese á costa de otras amarguras, á la situación indigna en que yo te había colocado...y feliz tambien para mí, ¿por qué no decirlo? porque ponía fin á una vida de duplicidad que constituía un verdadero suplicio... un martirio insoportable para mí.

JULIETA (*dudando*).

¡Un martirio!

DE EPINOY

Sí, Julieta... un martirio... una verdadera tortura... que no diré que me hiciera acreedor á tu perdón... pero si tal vez á tu indulgencia y aun á tu piedad, si hubieses podido medir la intensidad de mi sufrimiento... si hubieses podido comprender lo que pasa en el alma de un hombre que siempre ha sido honrado y leal, y que se ha condenado á sí mismo... por su propia culpa... á mentir... á mentir sin cesar... de día y de noche... á cada minuto, y que sabe que su martirio ha de prolongarse durante años... ¡Oh!... ¡Eso era el infierno!... Ya puedo confesarte, ahora que todo ha concluído entre nosotros, ahora que no podrás sospechar ya alguna torpe manobra que, desde el día primero en que supe apre-

ciarte, te amé... Apenas nos habíamos casado, cuando tu graciosa honestidad, tu talento serio y atractivo y tu suave y pura belleza se habían hecho dueños absolutos de mi corazón... pero no sé qué especie de escrúpulo, de vergüenza, de remordimiento, me hacía retener á tu lado, las palabras de ternura que quemaban mis labios... ¡Cuántas veces he estado á punto de arrojarme á tus pies y de confesarte la verdad... de confesarte mi perfidia... mi traición... de decirte también cuánto te amaba... y que tú, tú sola eras el objeto de mi amor!... Pero esto era hacer traición á otra... á otra á quien, después de todo, había amado y que me amaba... Temía además por ti... y por ella... los impetuosos arrebatos de un carácter violento, imperioso... sin freno... y continuaba arrastrando mi cadena... y mintiendo... y sufriendo sin cesar.

(*Oculto el rostro entre las manos.*)

JULIETA (*emocionada*).

¡Ah! Roger, Roger... ¿Qué consigues con eso?... Es inútil... es cruel... ahora que la ley se interpone entre nosotros.

DE EPINOY (*con profunda emoción*).

¿Que qué consigo?... En primer lugar aliviar mi corazón... descargar mi conciencia... y en segundo, que conserves de mí una idea más justa... un recuerdo más grato... que me perdones en el fondo de tu alma adorada... que me digas en este momento, en que vamos á separarnos para siempre... que, si me

hubieras conocido tal como soy, no me hubieras abandonado.

JULIETA (*en un arranque de dulce ternura*).

¡No!... pero déjame... vete... te lo pido... te lo ruego.

DE EPINOY

¡Adiós, pues, adiós!

(*La estrecha contra su corazón. Aparece de Rhodas en el fondo.*)

ESCENA VI

DE RHODAS (*un poco irónico*).

¡Está bien!... ¿Pero entonces?...

JULIETA (*confusa*).

Perdonad, amigo mío... mas después de dos años de intimidad... no es posible separarse...

DE RHODAS

¿Sin experimentar cierta emoción?... Es indudable... pero cuando la emoción es tan viva y tan tierna, me parece que sería mejor no separarse. ¿No opináis lo mismo?

JULIETA

Es imposible... Dictada ya sentencia...

DE EPINOY

¿No podría ocurrir que esa sentencia tan repen-

tina... fuese una prueba ideada por un amigo deseoso de conocer el fondo de vuestro corazón... y que tiene, por otra parte, más aptitud para amar que para ser amado?

JULIETA (*cogiéndole la mano en un arranque de alegría*).

¡Ah! ¡No digáis eso, amigo mío!... ¡Porque yo os aseguro que os quiero mucho!

DE RHODAS

¡Ya lo oís, de Epinoy!... ¡Os quiere mucho!

DE EPINOY (*con emoción, cogiéndole la otra mano*).

¡Qué imbécil he sido al dudar de vuestra lealtad!

FIN DE LA COMEDIA